



COLES 24 DE JULIO DE 1918

# Bilbao

CIÓN: 1,25 PESETAS AL MES

o de España 5 Ptas. trimestre

emplares **UNA** peseta

**Y SEVILLA**

POLÍTICA DEMOCRÁTICA

## LA DOCTRINA CORRECTA

El hombre rencoroso y mezquino que es el Dato ese acusó a los socialistas que después de haberse estado predicando la lucha de clases han acabado por aliarse con los republicanos. Y éste ha sido uno de los más grandes aciertos del socialismo español. Ello le ha hecho entrar en la política, en la verdadera política, desprendiéndose de aquel equivoco, que no era sino un contrasentido, de que hay que hacer labor social, económico-social, y no política.

El Galeoto o tercero de las por antonomasia llamadas «instituciones», el nefasto conde de Romanones, por su parte, habló no hace mucho de la posibilidad de que los socialistas españoles entrasen en un Gabinete monárquico si los socialistas fueran otros, por supuesto. Porque al conde no se le ocurre, no se le debe ocurrir, que nuestra monarquía española sea otra que es.

El Indalecio Prieto, el valiente diputado socialista por Bilbao, en el mitin que las izquierdas dieron el día 13 de este mes de Julio en la Casa del Pueblo de Madrid, habló, y muy claro, de la posición del socialismo español respecto a la monarquía. Contestando al rencoroso y menguado Dato ese, dijo que los socialistas siempre habían sido republicanos; pero que si se encontraran con una monarquía verdaderamente democrática, acaso no tendrían ideales republicanos. Entre una monarquía amplia, progresiva y modernizadora—decía—y una República que no tuviese nada dentro, los socialistas no dudarían y ayudarían a aquella monarquía.

Esa es la doctrina correcta. O mejor dicho, la doctrina correcta es que república—res pública,—cosa pública es el régimen de publicidad y de soberanía popular, aunque al frente del Estado, y para firmar los decretos y órdenes aparezca un propósito, llámesele rey o como se quiera, de cargo hereditario y vitalicio—con estas o aquellas limitaciones,—y es despotismo todo régimen de arbitrariedad, y más que de arbitrariedad de secreto, aunque al frente del Estado aparezca como superior magistrado un despota de elección popular y de mandato temporal.

El Gabinete—que no Gobierno—actual ha hecho votar una ley llamada de Espionaje—sin duda porque tiende a proteger lo de las denuncias de la Prensa y populares, y la ha hecho votar bajo el apremio de alguna conminación, probablemente de un poder extraño; bajo un *ultimatum*. Y se comprende. Los torpedeadores de nuestros indefensos barcos mercantes, por duro que tengan el corazón—si le tienen,—debían de estar hartos de que se les viniese llamando asesinos casi todos los días. La aprobación de esa ley, sin haber dado las razones que la recomendaban, ni aun en sesión secreta—bien que este secreto habría llegado a serlo a veces, como debe ser,—ha sido un acto de despotismo.

El rencoroso y mezquino Dato ese, debe de creerse un diplomático, y para su menguada mentalidad arcaica—pues hoy es arcaico lo de hace media docena de años siquiera,—la esencia de la diplomacia es el secreto. El secreto, el infame secreto, jugó mucho más que la franca y noble violencia en la represión de Agosto del año pasado. Y el rencoroso y mezquino Dato ese, es el hombre no sólo del secreto, sino también del secreteo.

Y volviendo a lo de monarquía o República, hemos de recordar que no fueron republicanos sino monárquicos los que en 1868 derribaron el trono de doña Isabel II, hija de Fernando VII y abuela de nuestro actual monarca. Y muchos que después se hicieron republicanos, Ruiz Zorrilla y Salmerón entre ellos, no lo eran antes de aquella revolución. No fué ideal republicano, sino liberal y democrático en general, el que llevó a cabo la revolución española de 1868.

En los años que precedieron a 1868, los patriotas liberales españoles, los descendientes de los doceañistas y de los que sostuvieron la guerra de los siete años—1833 a 1840—contra el carlismo troglodítico, los enemigos de todo despotismo, pudieron convenirse de que no precisamente el régimen monárquico, sino la persona y familia de doña Isabel de Borbón y Borbón—lo era por partida doble—eran el obstáculo mayor a la liberalización—que es la liberación—del país. Y no se hable de la camarilla, del *entourage*, de los que rodeaban y aconsejaban privadamente a doña Isabel, pues un rey o reina se rodean de aquéllos de quienes quieren verse rodeados y escogen su ámbito. Claro está que si no son prudentes y verdaderamente patriotas, lo escogen buscando a aquellos que no contradigan sus naturales inclinaciones.

«Ay, Cabrera, Cabrera, a tí como a mí nos han engañado!» Estas fueron las palabras con que doña Isabel II de Borbón y Borbón recibió en París al que había sido caudillo car-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USALES